

PERIÓDICO SATÍRICO DE CIRCUNCIAS MÉDICAS.

Se suscribe en Madrid librería de Monier, de Cuesta y Villa; en provincias en las principales librerías y en las subdelegaciones de Medicina y Farmacia. También se hacen por medio de libranzas de correos, dirigidas FRANCAS DE PORTE al administrador de la LINTERNA, calle de los Estudios, número 9, cuarto principal.

DENUNCIAS DE LA LINTERNA.

La *Linterna médica* es la continua pesadilla de la falange nigromántica: la salida de nuestro periódico se espera siempre entre la comparsa homeopática como una tormenta terrible que descarga incansable sus mortíferos rayos sobre esa cuadrilla de brujos de la medicina que ha saboreado hasta aquí impunemente los frutos de su ignorancia, de su atrevimiento, de su avaricia y de su charlatanería. Pero desde que la *Linterna* se presentó a combatir los desmanes de esa turba, desde que saben que en ningún terreno nos verán débiles ni inconsecuentes con lo que ofrecemos en nuestro prospecto, su desaliento, su debilidad, su miedo, se revela en todas sus determinaciones. El ridículo que sobre esa gente estamos haciendo pesar, las revelaciones que de su conducta moral y médica publicamos en cada número, al parangón en que se la presenta con los verdaderos médicos, para que el público conozca la diferencia de los unos a la otra, los antecedentes que manifestamos de las personas que representan la fracción *rabina*, y en fin esa guerra sin tregua que la *Linterna* esta sosteniendo con tanto arrojo como franqueza, son la causa del terror que produce entre esa familia el solo nombre de *Linterna médica*. Si nuestro periódico no hubiera visto la luz pública, a estas horas todos los hombres más notables de las ciencias médicas hubieran sido escarnecidos, insultados sin cesar por esos brujos que crearon el *Duende* y el *Centinel*, para cuyo sosten alquilaban hombres con diversos cargos; unos insultaban y negaban, propiedad de los cobardes: alguno tenía la *responsabilidad de las consecuencias personales* y a no dudar sería quien mejor recompensado estuviere; otros la denominación de editores responsables ante los tribunales, y otro que desde su tripode mandaba y pagaba, y a quien los alquilones obedecían como gente servil que besa la mano que la arroja el pan y la azota con el látigo de la esclavitud.

A pesar de esto esa cuadrilla está desconcertada; teme y recela: teme el nublado y recela que los pingües frutos de su manera quiromancia están próximos a desaparecer, quedandola solo por recompensa las carcajadas públicas, el desprecio de los hombres sensatos y el anatema de la ciencia. Por eso está esa famélica gente en desacuerdo y desorden consigo misma; por eso su papellito defiende tan torpemente su causa; por eso el número que se había de publicar el día 20 de un mes, sale el día 4 del siguiente: por eso en fin la duda, el desorden, el miedo se retrata en todos sus actos, de la misma manera que una desesperada mujer manifiesta su terror y debilidad, cubriéndose el rostro y dando en sus últimos esfuerzos descompuestos alaridos.

El maestro con las correas en la mano no tiene ya poder para conducirla por donde quiere, y aunque multiplica los mendrugos aunque la azuca y la promete recompensa para después de la lucha, la gente es cobarde y huye en dispersión, sin temer la afrenta que sobre ella recae. El amo es atacado de anginas, efecto del coraje que le domina y de la cobardía iras-

cible que le caracteriza. En tal estado, y a pesar de haber elegido el la forina del combate y el terreno de la lucha, busca ahora defensa, no donde los hombres que tienen lo que a ese nigromante le falta, sino en los tribunales, porque cree que su repleto bolsillo nos va a aterrorizar! Vaya en buen hora, recurra allá, que nosotros no esquivaremos el combate en ningún terreno: si el cuenta con su... nosotros contamos con nuestra firme voluntad, con la aprobación unánime de las clases médicas. El faraute y su esclava gente ha jurado nuestra ruina y se han permitido propalar voces de las que nos reímos, como nos hemos reído de sus torpezas y de sus personas. Si creen que por eso la *Linterna Médica* variará un apice en la línea de conducta que ha emprendido se engañan miserablemente. La *Linterna* tiene convicciones propias que no la erraban ni las amena- zas, ni las denuncias, ni las condenas; y a los redactores de nuestro periódico les halaga y satisface tanto el rencor de los rabijos, como la simpatía de los buenos profesores. Guárdese el *Centinel* la compasión que quiere vendernos, y sepa que los redactores de la *Linterna* antes se cortarían las manos con que escriben con objeto de desenmascarar a esa familia, que implorar, ni admitir una compasión que los humillaría más que cien condenas.

Tres denuncias se han entablado pues contra el director de la *Linterna*, D. Pedro Calvo Asensio; y ni él ni sus compañeros de redacción negarán nunca la responsabilidad que les corresponde en cuantas demandas contra ellos se entablaren, porque como personas de vergüenza y de honor no hacen jamás declinar la responsabilidad de sus acciones sobre testafierros comprados para el caso. El por su parte que no rehuye la lucha en ningún terreno ha acudido a donde le han llamado sus adversarios, y a su vez les responde aplicándoles el *similia similibus*. No juzgaremos nosotros cuestiones que han de resolver los tribunales de justicia: cualesquiera que sean sus fallos, cualesquiera que sean las consecuencias nos resignaremos gustosos ante ellos, sin que en nada amengüen nuestras convicciones, ni nuestra marcha. Ya verán los del *Centinel* si a la *Linterna* la quedan pocos días de vida: como una orden superior no corte en flor su vigorosa existencia todavía esperamos que ha de dar frutos de más trascendencia, que los que con tanto placer está tocando. Repongase el *CENTINELA* de su susto y sepa que la *Linterna* es la *Linterna* y no un periódico de alquiler, sostenido con los responsos trasconejados de un vergonzante sacristán.

¿HABLARÁ V, SEÑOR D. JOAQUÍN?

Si señor, hablaré; y dicho y hecho; habló el *Dómine ex cathedra*, como siempre, esto es, docmatizando, enseñando y con su acostumbrada modestia: es decir, cantando que él solo sabe, que él solo entiende, que él solo tiene ingenio, penetración y juicio, para comprender la verdad homeopática; porque no solo nosotros los redactores de la *Linterna* no sa-

bemos la homeopatía; pero tampoco la conocen sino por el forro, «hombres mucho más encopetados en las antiguas escuelas» (mucho más sublimados en el juicio y en el profundo saber que el señor Hiseru, con perdón sea dicho, de su desmedido argullo) aunque casi cause rubor decirselo, poco más ó menos en el mismo caso, según las muestras deplorables que de ello están dando aun ahora mismo en todas partes», (mucho valor debe tener el señor Hiseru: mucha, muchísimo se le deben encender las mejillas, al retar con su *omni-sapientia* a los que en nada lo desmerecen, y aun le aventajan en el ministerio que ejercen, pues al menos su magisterio es cumplido, mientras el del señor Hiseru á medias para explicar y completo para figurar en nómina, porque si se le paga el tiempo, cobraban, si las lecciones, mal toda vez que nunca concluye su curso, pues á lo más solo explica una tercera parte escasa de lo que debería explicar...)—En cuanto á las pruebas de ignorancia de las lecciones homeopáticas de sus colegas, por muy sabidillo que sea el Dr. *occidentísimo* creemos no contestará á las polemicas, aunque no es extraño, pues el Dr. Hiseru no se propone escribir en castellano porque le ignora, y no sabe mucho más de latín ó griego, á no ser aquella *grogueria homeopática* que aprendió del *Arce-preste* de Benavente, antes su examinando, y hoy su general.

La medicina homeopática no salva de la muerte á todos los enfermos (aquí lo del cura de mi lugar: no digo todos pero algunos) porque los médicos que la profesamos (la homeopatía) no hemos tenido jamás la arrogancia estúpida de prometer á los hombres la inmortalidad (miren que badajada de á folio como si las defunciones y la muerte no se lo demostraron todos los días, por aquello de Alfonso Quirino *«el día de nacer trajo el día del morir»* y por mil y más razones, que yo me calló, y que Hiseru no debía desconocer... porque al fin, al fin él es maestro y yo soy un pobre diablo).

En cuanto á la famosa escuela que usa de remedios suavísimos para los enfermos y á la par energicos, contra las enfermedades, es un trocatis de buen sentido, pues al fin las enfermedades no son seres abstractos sino reales, y si suavísimos son los medicamentos para los enfermos, no lo serán menos para y contra las enfermedades; y si energicos contra estas, energicos serán para aquel señor cuerpo sobre quien materialmente obran los unos, esto es, los medicamentos, y las otras, es decir, las enfermedades; pero oh! lógica, lógica... en alemán que fantasía tan brillante!... que *covele*, apellidandola científica Paciencia y barajar... dijo un fraite que iba perdiendo, y así dice Hiseru cuando añade *«no necesitamos recurrir sino en casos muy raros, á medios operatorios, cruentos y dolorosos: efectivamente es chocante que el hombre entusiasta por las operaciones, que el que tantas ha hecho, que el que se atribuyó la gloria de las que no le pertenecían, según le probó D. Diego de Argumosa, tenga el atrevimiento de anatematizar lo que le produjo su renombre atópico (que consecuencia, que lección tan severa y como la deben tener presente los cojos, mancos, tuertos, y torcidos por obra y gracia de Hiseru cuando no era homeópata. Pero prosigamos con él: nunca, en ningún caso, ni circunstancias, á esos epispásticos, á esos cáusticos, á esos sedales etc, y esto se atreve á decir el Sr. Hiseru, introductor de las cauterizaciones de la conjuntiva ocular en España!.. él, que quemaba, cortaba y rajaba con entusiasmo, con tanto entusiasmo como hoy egerce la homeopatía; porque el Sr. Hiseru es siempre entusiasta, hombre imaginación, sin la remora del juicio: pero ya mudó de parecer porque *sapientis est mutare consilium*. No es extraño, por otra parte, que el Sr. Hiseru tenga entusiasmo por un sistema que logra triunfos pacíficos, numerosos, grandes, alcanzados á cada paso sin dolor (de él) sin sangre (suya): el que tan áva-*

ro era antes de la de sus enfermos para verterla con generosidad, según la expresión de nuestro Heredia) sin lágrimas (de Hirsén, que en cuanto á los enfermos quien le está la vierte, y si muere sus deudos) sin aparato (es falso, porque el aparato homeopático huela á nigromancia á fantasmagoría) sin estrépito (dígámo las gacetas de la capital y los retacistas del badulaquismo).

Respecto á los casos que aduce para confesar la verdad de las defunciones que le imputábamos y añadir otras más, explicando el motivo de la razón de un modo de obrar, en ello la Linterna le hace justicia, *unicuique sum*, puesto que tiene más muertes á su cargo, allá él, porque su alma en su palma, y Dios no le tome cuenta, que nosotros con nadie nos metemos, y mucho menos con el más sabio, y el más hábil de los catedráticos de la escuela; únicamente le aconsejamos, valga lo que valiere, que explique la fisiología homeopática, y no la de Magendie y Burdach, pues en ello tendrán mucho gusto y quietud los perros de esta capital, porque desde el momento en que su excelentísima persona deje lo material por lo dinámico, cesará la grito de los infelices perros, patomas y borregos... pero no, él es homeópata práctico: en cuanto á catedrático, explica la farsa alopatía, es decir, la fisiología de la medicina de los siglos, aunque no la del siglo de los homeopatas fisiólogos, de quienes podría darnos un catálogo el señor Hirsén para que los conociésemos. Vaya otra salva señor Hirsén ¿á qué viene V á citarnos á Hipócrates, Bagli- vi, Boerhave y Wanswieten, esos medicos de los siglos, que V. ha abandonado? Si los padres de la ciencia eran unos ignorantes, citarlos ¿no es escar- necerlos? Si, una y mil veces, si señor Hirsén: si es V. homeópata, sea V. siquiera consecuente, y no pretenda apoyar sus faltas en los padres de la ciencia: apóyese en hora buena en su Hahnemann, pero olví- da para siempre á los que en sentir de los de su escuela no practicaron sino errores.

Otra salva, y concluimos: cuando V. apela á su renombre alopatía para aturullarnos con su fama, comete V. una inconsecuencia: hace V. lo que un desertor de un regimiento que enseña la disciplina, cuando la ha quebrantado, porque si la reputación alopatía es una reputación errónea, como los errores no prescriben, resulta que la que V. ha adquirido alopatíamente, no sirve para la homeopatía, porque V. en ella es enteramente nuevo, tan nuevo como el último de los inocitos que la egercen, y vaya V. viéndolo como su reputación anterior, solo sirve para probar que muchas veces los ingenios, no son lo que aparentan ser, y que cuando menos se piensa, lo que uno creía melon sale calabaza, que sino, ni V. hubiese abandonado la ciencia, ni la ciencia hubiese perdido sus felices disposiciones.

Relativamente al señor Bachiller á quien alude, el le contestaría cumplidamente, (1) aunque á V. le amargue (que los agenos no es cosa gustosa) y vayase V. preparando, que tela hay cortada para que V. conteste, aunque el buen callar llaman Sarcho, y yo digo que Joaquín, porque V. á todo trapo se esconde, y no aparece sino como nube, mas tras esta vendrá la tormenta, y tras la tormenta el resultado, que no se yo cual será, pero de seguro valdrá algo, para que lleguemos á calar un buen juicio, lino criterio y consecuencia científica.

MUERTE DEL CAPITALISTA D. MIGUEL NÁGERA.

El público novelero, ese público que se paga de las exterioridades, que da más crédito al grito del charlatan que á la modesta voz de la ciencia, empieza á reflexionar acerca de la enfermedad y muerte del Sr. Nágera, después de los pregones que los explotadores de la credulidad pública insertaron el año anterior en los periódicos políticos. La farsa homeopática, consecuente siempre con su modo de proceder, se atribuyó el triunfo que los recursos alopatías empleados por los verdaderos médicos, alcanzaron cuando el Sr. Nágera padeció el terrible ataque epiléptico que le puso á las puertas de la muerte. El desgraciado Nágera y su desconsolada esposa fueron seducidos por la fascinación nigromántica, y creyeron de buena fé que á los globulos era debida la mejoría obtenida en el primer ataque del enfermo. Aquí llegábamos, cuando recibimos el Boletín de medicina del 6 del corriente, cuyo número contiene un artículo sobre este asunto, que vamos á trasladar por que el abraza cuanto pensábamos manifestar. El Boletín se ocupó en el año anterior de la decantada curación, y con un juicio que le honra mucho pronosticó el resultado que hoy deploramos. El artículo esta nutrido de razones y de cargos contra quien los

(1) Después de escrito esto hemos visto la contestación que el Sr. dá al señor Hirsén, y por cierto que S. E. no quedará descontenta del desenfado con que se expresa el ondemoniado bachiller, á quien desde hoy podrá S. E. conocer por el nombre de don Francisco Méndez Alvaro.

desoyó siempre, cuando no le conviene darsé por entendido. He aquí el artículo.—

TRIUNFO DE LA HOMEOPATIA!

Hace un año justo que el Sr. D. Miguel de Nágera, honrado y rico capitalista de esta corte, fué acometido de un accidente epiléptico acompañado de una congestión cerebral. Entonces recibió auxilio de entendidos profesores, y entonces también se confió en manos del famoso Nuñez, cuando los medios alopatías empleados comenzaban á producir el alivio... Como es natural en momentos de crisis, y como suele suceder con demasiada frecuencia, la homeopatía recogió los honores de aquel alivio debido á la medicina, y entonó repetidos y estrepitosos himnos de triunfo! Hábil en explotarlo todo ciertos hombres, el apreciable señor Nágera se vió á los pocos días conducido por el homeópata, que reputaba como su salvador, á los toros y al teatro... Así se conseguía que la alta sociedad tuviese el suceso por un milagro, y así también crecía la fama, y tras la fama el peculio (que es lo principal) del improvisado médico!

Pero el desgraciado señor Nágera había padecido largos años de una afección cutánea en las piernas, que se aliviaba con el uso de aguas y baños minerales, y la cual se había suprimido; pero el enfermo, de buena edad, robusto, de temperamento sanguíneo, aficionado á la buena mesa, de vida poltrona y regalada, tenía además un corazón poderoso y grandes pulmones!... La homeopatía, si algo pudiera atender á la afección cutánea, descubriendo en ella no subimos si el fantástico psora ú otra de las causas de sus enfermedades crónicas, ni vió ni pudo ver la enfermedad entera, abarcando el conjunto, comprendiendo en un solo círculo al paciente, su dolencia y las causas de esta. ¿Cómo había de combatir con éxito aquel grave padecimiento?

Un año entero la tenido á su cargo el primero de nuestros homeopatas la asistencia del Sr. don Miguel de Nágera, y después de un año de globulos falleció en la madrugada del lunes 31 de marzo último. Grande victoria ha conseguido la singular habilidad del señor Nuñez auxiliado de su escudero el doctor Hirsén y de algun otro homeópata!

¡Oh! ¡y no se crea que el caso ara desesperado como otros que se resisten á una y otra medicinal Nada de eso; lo probable, probabilísimo era que á no ser por los ociosos, indiscretos y lisongeros amigos, que, aprovechando un momento de dolor, consiguieron de su tierna esposa llamar llamados los hahnemannianos, el Sr. Nágera se hallaría vivo y aun prolongaría muchos años su existencia.

¿Cuál era el caso su enfermedad? La explicación es bien sencilla. El temperamento, la estructura tórácica, la alimentación y género de vida, predisponían ya á una lesión del corazón, si es que desde muchos años antes no existía la hipertrofia de este órgano. Ocurrió la supresión de la dermatosis, y entonces se presentaron los ataques epilépticos y congestivos del cerebro, de los pulmones y del hígado. ¿Qué debía hacerse en este caso? Según acredita la experiencia de los siglos; según el dictamen de los sabios que han hecho un estudio fundamental y prolijo de la ciencia (mucho más respetables que los sueños de ilusos y aventureros como Hahnemann y gran número de sus secuaces), las principales indicaciones eran: 1.º remediar aquel estado del corazón y de las vísceras congestionadas; 2.º oponerse á él para en adelante, y 3.º procurar restablecer la afección cutánea en su sitio predilecto ó extinguir el germen de ella si fuere esto posible. ¿Qué medios se han empleado para llenar estas indicaciones? Ninguno científico, ninguno racional siquiera, y el resultado es que una familia ha quedado huérfana; que los buenos amigos del difunto han sufrido gran quebranto... todo para satisfacer las *desinteresadas* y *filantrópicas* miras de hombres que toman como una industria la ciencia de curar á que no les habia llevado su vocación en la juventud, en esa edad que se hace poca estima de dinero.

No gustamos meternos á juzgar la conducta facultativa de nadie, y respetamos tanto como quien mas los fueros de todo profesor, de todo el que ha penetrado en el templo de Esculapio y aceptado la doctrina y practicado los ritos; pero aquí no estamos en ese caso y, por otra parte, median los más sagrados intereses de la humanidad. ¿Cómo ha de ver imposable ningún profesor honrado que se deja pasar un año entero sin hacer cosa alguna racional á una persona digna de aprecio, cuya dolencia era al principio fácil de combatir? Si, fácil de combatir; porque ya se sabe que los ataques epilépticos, sobre todo los que dependen de grande actividad de un corazón poderoso, que envía con ímpetu la sangre al cerebro, son pasajeros y se remedian tal cual combatiendo las causas de aquellos accidentes. Pero si estas quedan en pié, la lesión orgánica primitiva se hace profunda, las lesiones consecutivas se agravan también, y un enlarcamiento de humores, una hidropesía anasarca remata aquella deplorable escena de punible abandono.

Sirva por lo menos de ejemplo este funesto suceso á las familias, y recuérdense en los momentos de aflicción. Entre un sistema nuevo y desacreditado en el mundo, que siguen decenas de profesores en España (cuyos conocimientos y carrera no es nuestro ánimo calificar) y la medicina de todos

los siglos, de todos los países y de todos los sabios, la elección es bien fácil para las personas imperitas que no han abdicado el sentido común. Oirán citar curaciones y esto podrá deslumbrarlas; pero deben tener presente que hay tres clases de enfermos: 1.º los que curan la medicina y la homeopatía; 2.º los que cura aquella y esta nó; 3.º los que son absolutamente incurables. De manera que en realidad la homeopatía á nadie cura, ni ha podido curar jamás.

EL SEÑOR TORRES VILLANUEVA (alias el cojo).

En el número 1.º de nuestro periódico contamos el encuentro habido en la calle del Burro, entre dos homeopatas, el uno cojo y el otro tuerto.

El señor Torres Villanueva (alias el cojo) tuvo presente la idea que allí emitimos de aplicar el *similia similibus*, para la curación de la pierna mala con la ruptura de la buena. El señor Torres (alias el cojo) se tiró en una ocasión (entonces no era señor de alias) desde una reja á un patio, y quedó cojo: después nos han asegurado que le encontraron cierto día con los cordeles al cuello, con objeto de ahorcarse; y finalmente los periódicos políticos han dado cuenta en la semana anterior del último arranque del médico homeópata señor Torres Villanueva.

Este arranque ha sido el de arrojarle en paños menores desde un balcon de un cuarto 2.º de la calle del Principe, lastimando gravemente en su velez caída á un pobre cajista ó repartidor del *Clamor Público*, que quedó muy mal parado de resultados del golpe. Con esto motivo nos han dicho algunos mal intencionados que nosotros sacaremos partido de esta ocurrencia, imitando á los periódicos políticos que han encontrado asunto para hacer algunos días gacetas chistosas. De muy diverso modo pensamos nosotros, pues compadecemos sinceramente la desgracia de este pobre loco; y en prueba de ello retiramos un artículo que teníamos escrito en contestación á un comunicado del Sr. Torres, parte verdaderamente de una imaginación enferma. Este comunicado, que como era consiguiente, solo podía insertarse en el *Centinel* de la Homeopatía queda por ahora sin contestación, porque no queremos agrandar los padecimientos de un demente, dándole lugar á que pierda el poco seso que pueda conservar. En prueba de nuestra buena fé y de nuestra misión de escritores públicos, suplicamos á las autoridades que recojan el título de médico á este desgraciado, que pueda ocasionar muchos males á la sociedad, si se le permite seguir ejerciendo el ministerio médico. Mal puede cuidar de la vida de los estrabios, quien tan mal sabe cuidar de la suya. Lo mejor sería que el infeliz Torres se le recojiera en una casa de dementes para preservar así á la sociedad de que se reproduzcan azares tan lamentables como el ocurrido últimamente en la calle del Principe.

Si al Sr. Torres le conducen á Zaragoza, bueno sería le acompañase el Excmo. Sr. Hirsén su colega, para que le administrase los globulos, ya que sabe curar sin dolor, sin lágrimas, etc. De este modo el señor catedrático alopatía y práctico homeópata podría estudiar detenidamente todas las fases de la locura humana, que no le vendría mal.

A F. M. R. (1) GACETILLERO HABLADOR Y AL BUENO DE D. PIO, HOMEOPATA PARLANCHIN.

FRATERNAL CARINOSA.

Carísimo gacetillero: no tengo el gusto de conocerte, ni sé si tu gesto es gracioso ó avinagrado, ni si eres pollo ó gallo con espolones; pero á juzgar por la seriedad con que intentas explicarte en tu trocito de sermon cuaresmero; en aquel que titulas *Alópatas y Homeopatas*, debes ser hombre de peso y seso: hay allí un si es ó no olor de *domine de alden* y una entonación afrailada como precursora de mailines, que trasciende á celda prioral. Con esto y con que fueras un mocito imberbe, una calabaza redonda me habia lucido; pero amiguito, en este mundo no nos alimentamos mas que de ilusiones y engaños, no vemos mas que contrasentidos y atrocidades. No voyas á creer que yo lo digo porque en tu articulo *meritorio* ande esto revuelto, como los embutidos en una olla podrida: no carísimo gacetillero: sería yo entonces tan redondo de mollera como tu lo eres de razones para discurrir: no me pare yo en tan poco, porque sé que nunca se hallan mendrugos en cama de galgos, ni es frecuente encontrar meollo en cabezas secas. Además me consta que un gacetillero imprudente es causa constante de disgustos en una redacción; y si á lo imprudente se une lo de tener muy redondo el celtre, y un poquillo de vanidosa hinchazon, Dios no la depare buena! Quién diablos hace carrera de él? Pero atajemos camino, y no nos vayamos por esos mundos de Dios, cuando necesitamos estar en el mundo de los Tejeros y comparsa.

Va el bachiller Encina te ha dado; gacetillero de

(1) Que podrá ser Ferruco Matearon Rollizo, ó Fray Manuel Rivetes, ó Faustino Masca-Roscos etc. etc. etc.

mi anima, una contestacion que pueda arder en un candil; y aunque has agotado tu gaceticero ingenio en poner notas tan altisonantes como el articulo de primera inspiracion, no por eso has logrado gaceticero de mi vida, destruir ni un solo punto de tantos como ha elegido para combatirte el bienaventurado Br. Encina; solo queda en pie de lo que dices aquello de que eres lego en la materia, que tu voz es desautorizada y alguna cosa mas: no tenias necesidad de hacer esta manifestacion para que yo lo creyera: bastaba solo leer tu articulo, y si esto no era bastante, echarse al colete las ostimables notas (como penitencia impuesta en desquite de graves pecados) para convencerse de que eres lego y desautorizado para dirigir tu voz: pero aunque lego y desautorizado te esponjaste como un pavo real, y echaste á volar tu pesada peñola (seria de arietada) con mas arrogancia que si fueras un Napoleon de vuelta de las piramides de Egipto. Y con esa lógica aplastante que ostentas en tu aparejado articulo, con ese buen sentido que revelas en tus trocitos cuaresmos, queriendo combatirlo todo, combates hasta al mismo periódico en que te dejan hacer tus pinitos de ensayo; lee pues el folletín de las *Novedades* del día 8 de febrero, léelo y aprenderás dos cosas que te enseña el entendido Araque, en el mencionado folletín. Primero tienes una muestra de buen decir, y después de buena lógica: allí el conocido escritor encuentra á través de las acaloradas discusiones la verdad de los hechos y las cosas, y deduce consecuencias infalibles y trascendentales: allí te habla algo de los envenenamientos que pueden ocurrir de la administracion de medicamentos dados por el mismo que ha de estender la certificacion de muerto. Y cuenta carísimo gaceticero, que has mentado como mienten los embusteros, al decir que nosotros calificamos á los homeópatas de *envenenadores de oficio*; y sábete que esta acusacion pudiera valerte una mordaza, á no ser que tu tengas pruebas que poder presentar en juicio en comprobacion de este aserto. Nosotros lo que liemos dicho, decimos y diremos, el que los médicos que dan por sí los medicamentos faltan á la santidad de su ministerio, faltan á lo prescrito por las leyes, faltan á la moral médica, se intrusan en derechos profesionales que no les competen, y abusan de la confianza que en ellos depositan los enfermos, como abusos tu del periódico en que te dejan escribir y convierten su delicado sacerdocio en ejercicio de interés, de charlataneria etc. Decimos y diremos, que allí lo mismo puede haber buena fé que ignorancia ó maldad, y que lo mismo pueden servir aquellos medicamentos para curar á un enfermo que para enviarlo á la sepultura; y todo sin que se pueda juzgar de las intenciones ó inteligencia del facultativo, que es lo primero que exige la sociedad; y para eso con las recetas, y para eso se marcan las dosis, y para eso se exige á los farmacéuticos que no despachen medicamentos de uso interno sin prescripcion facultativa, etc. etc. Conozco que estoy gastando pólvora en salvas, querido gaceticero, y sin embargo voy á entretenerme un ratito mas en gracia de los muchos que tu entretendrás peor. Oyame pues: La *Linterna Médica* no ofreció en su prospecto ser un periódico científico, grave y sesudo, sino un periódico *superficial* (tan superficial como tu), *picante y de burla*, dispuesto á desenmascarar á las langostas médicas que por arte del diablo, ó por favor de los hombres, se han intrusado indebidamente en el campo de la medicina: ciencia que á pesar de tus *graciosísimas* pullas, es, ha sido y será una de las primeras y mas útiles ciencias del saber humano. Conozco que tu no comprenderás esto y que el hablarte de ciencias, será como hablarme á mí de castañuelas: pero como á tu lado tienes jóvenes instruidos, puedes consultarlos sobre este y algunos otros puntos, que de seguro ignoras. La *Linterna Médica* ofreció no ser científica, no porque no pudiera serlo, estando escrita por personas que pertenecen á la ciencia, sino porque habiendo otros periódicos que tienen la misión de discutir por lo grave, á los redactores de la *Linterna* se los antojó pinchar por la superficie. En cuanto á que pierde la ciencia con que haya epigramas, y personalidades, vives en un error: el conocer á las personas, que defienden tales ó cuales principios tal ó cual sistema, tal ó cual industria, vale mucho para juzgar de la fé de sus convicciones, de los puntos que calzan en la materia, de los elementos con que cuentan en apoyo de sus opiniones, y en vista de esto se deduce muchas veces una consecuencia con acierto. Si las personalidades habidas en cuestiones religiosas, políticas, literarias, artísticas ó industriales dieran ó hubieran dado el mismo resultado que tu tan redundante supones pueden surgir de las polémicas alopático-homeopáticas, ya no habria religion, ni política, ni literatura, ni artes, ni ciencias, ni industria.

Cuando los ánimos se increpan y hay vigoroso ataque en la lucha, y á través de algunos vicios personales se descubren los vicios de sistema, la verdad se encuentra facilmente; porque la verdad aunque combatida, ultrajada y escarnecida, siempre aparece radiante después del encarnizado combate. La religion se ostenta en toda su belleza á pesar de los escritos de Lutero, Juan de Hus y otros: la literatura del siglo pasado tuvo una época brillante á pesar de la lucha personal de Voltaire y Rousseau, y los sofismas filosóficos que cada cual sentó han desaparecido á pesar de la belleza de la forma que los engalanaba. Personales y bien personales eran las polémicas

de Moratin y los Comellas, y á pesar de todo, aquel consiguió desterrar el mal gusto literario, entronizando nuevamente el género y la forma aceptables ante el buen sentido. Y no ignorarás si te remontas (y perdona el desorden cronológico) al siglo XVII la lucha constante de Montalvan y Quevedo, y la literatura debe á estos ingenios rasgos brillantes, que constituyen una parte principal del florón poético de nuestro siglo galante y caballeresco. Pero recientes están, gaceticero ó retacista, las polémicas literarias científicas y políticas con ribetes verdes de personalidad que han ocurrido constantemente entre nuestros hombres modernos, y sin embargo tenemos ciencias y literatura y política, acaso en mas progreso que si no hubiera habido emulacion, irritabilidad, choque y personalidades.

Los redactores de la *Linterna* comprendieron esto perfectamente al empuñar la peñola y al esgrimir la con vigor, pero con un poco mas de decoro, que tu lo has hecho al querernos enseñar: habian visto con dolor escarnecidos los principios fundamentales de la ciencia, vituperados los hombres notables de ella, convertido el sacerdocio médico por una turba de charlatanes (buitres avaros de oro aun á costa de una ciencia de ellos desconocida) en vil mercadería, hollados los derechos profesionales, y dispuesta esa manada de alanos á insultar, apoyada en la impunidad, todo lo mas santo, grande y noble de la medicina, cirugía y farmacia españolas. Sin el objeto de mezquino interés, por inspiracion propia, y con una franqueza honrosa nos aprestamos pues á combatir á esa talange, defendiendo de este modo nuestras caras profesiones y nuestros hombres respetables en la ciencia. Para este combate elegimos el terreno del ridiculo, y á él hemos sujetado los absurdos del sistema; las torpezas de los hombres que de buena fé le sostienen, y los vicios de los que por inmoral especulacion lo explotan. He aquí amado gaceticero nuestro pensamiento: pensamiento que por mas que te pese es muy bien acogido por la casi totalidad de los profesores, que alcanzan mas que tu, pues segun te explicas no divisas nada mas allá de tus narices. Esta marcha nos ha ocasionado disgustos de consideracion, sacrificios inmensos que estarán sobradamente recompensados con la aprobacion de los buenos profesores y con la reprobacion de la pandilla censurada. Esta se halla ya en un completo desorden, atorolada y teniendo por su próximo porvenir: teme el inmediato resultado de la lucha y apela en último estremo á buscar defensa, donde solo van los cobardes. En todos los terrenos la hemos combatido, la hemos seguido á donde nos ha llevado, y estamos ya en esa misma atmósfera á donde nosotros nunca hubieramos recurrido, pero que ella nos ha guiado: porque has de saber, gaceticero de mis entrañas, que seriamos capaces de bajar hasta los infiernos, si allí tuviéramos que combatir.

Hoy que sabes ya, (aunque antes debieras haberlo conocido, si leído hubieras la ilustracion y las *Novedades* antes de hacerte pájaro volador) que defendemos la razon contra la injusticia, la ciencia contra la farsa, los derechos contra el abuso, y la moral médica contra un tráfico vergonzoso, haz el favor de no volver á comparar nunca á la *Linterna* con el *Centinel*, porque toleraremos mejor que nos llames judios, aunque somos muy cristianos, que no que nos pongas en parangon con un periódico, cuya comparacion nos lastima, nos irrita y nos deshaura.

Concluiré por hoy contigo (protestando no olvidarte si no te das por convencido) en atencion á que esto va largo y mi amigo don Pio me espera, provisto de su racion de filosofia homeopática, y no quiero impacientarle haciéndole gastar su dinamismo vital tan inhumanamente. Sábete pues, gaceticero de buen trapio, que no he echado en saco roto lo del decoro, y aunque no nos creiamos los redactores de la *Linterna* en el caso de recibir lecciones de nadie, te digo á nombre de todos, que nuestras amabilísimas personas están dispuestas á recibir con los brazos abiertos la leccioncita de decoro, que te sirvas darnos. A Dios, por hoy y veto pensando en cuanto te digo, que por mi parte ya tengo dispuesta la contestacion para cuando formule la tuya. Duerme sosegado entre tanto, que por aquí queda quien no te olvidará tan facilmente. Mi nombre es muy feo y por eso no me atrevo á estamparlo, pero te lo dirá al oido un apasionado de tu ingenio y de la filosofia de don Pio.

Vamos allá queridísimo piador, parlanchin y pequenuelo (1) á quien se le da el pie y se toma la mano: vamos allá hombre y nombre homeopático, y escucha, sin pedir por ahora la palabra, á quien con todo comedimento te la va á dirigir.

(Se continuará.)

CUENTAS PENDIENTES.

Dicese de público que el Sr. Hisern ha pedido permiso al Sr. Rector de la universidad para escribir no se sabe el qué, ni el como, ni el cuando, acerca de muchas cosas que tendremos el gusto de oír, en contestacion á otras que tuvimos el humor de leer, lo cual nos pone en alarma por no saber que giro tomará el proteiforme catedrático; pues por lo que á nosotros toca, si quisiera creernos debiera de callar,

(1) Ya hemos dicho que no nos gustan las personalidades.

porque tiene tantos puntos á que contestar, así como á Rivero, á Argumosa, á la Gaceta Homeopática, á la *Linterna*, al Bachiller Aganjos, al doctor Barlovento... y á otras muchas mas cosas... Si siquiera volviera sobre sí, y se alejase de la turba multa que le rodea, y confesase su error de ser homeopata... pero no, tiene demasiado amor propio y sobrado orgullo para confesar que se engañó... ¡Lastima grande que un hombre como el Sr. Hisern figure en menor escala que un Nuñez! Bien es verdad que es la espacion, si el no le hubiese graduado, no figuraria tanto.

CRISTE HOMEOPÁTICO.

Visitaba en cierta casa un alópata, con motivo de padecer la señora dueña unas tercianas de á folio, que como lo acostumbran, vanse cuando se las da quinina y vuelven cuando mejor les cuadra... esto es, repiten con frecuencia, en especial si son otoñales. Cansada la señora, de la quinina, cayó en la tentacion de llamar al Sr. Nuñez, quien llegó al fin á visitar á la enferma, y después de examinarla y de saber lo que habia tomado, exclamó:—Está V. atestado de quinina y toda ella se ha depositado en la matriz.—Dios mío de mi vida! ¿en la matriz dice V.? ¡Infeliz pecadora de mí, y ¡por qué habré llamado á un alópata?—Sosiéguese V. señorita que la terciana se la curará á V., en cuanto á la enfermedad *quinina*, será mas difícil.—Sacó pues el Sr. Nuñez un glóbulo, diósele á la señora, y pasaron dias y llegaron noches, y tomó muchos glóbulos; y las tercianas no se curaban, y el hipogastrio crecía y el Sr. Nuñez maldecía la picara *quinina*, que se habia depositado en la matriz y así iba pasando el tiempo, cobrando el médico de real orden y empeorando la enferma... cuando el esposo se alarmó y llamó nuevamente al alópata, quien después de algunas honrosas excusas consintió en ver á la enferma, y qué direis lectores nuestros que tenia la señora?... ¡Ah! menguada homeopatia, ¡ay homeopata consumado...! Tenia una retencion de orina... así es que introducida la algalia fluyó copiosamente y toda la *quinina* atestado en la matriz, se convirtió en orines. ¡Qué buena estaba la orina, y la miraba en un cencerrol... Bien Sr. doctor por ensalmo, ¡bravo por su diagnóstico, eso sí, la matriz atestado de quinina y la vegiga de orina! lo uno se vió claro, lo otro estaba en el caltre del domina ¡que viva!

EL SR. HISERN NO ES HOMEOPATA.

Corra de boca en boca un acreditado lance sucedido á este señor en cierta casa de un conde, con motivo de haber llamado repentinamente á un alópata para asistir al enfermo por la noche, por haber sido invadido de una enfermedad que el alópata clasificó de intermitente perniciosa apoplética. Al poco tiempo de estarle viendo el alópata, llegó el Sr. Hisern, que era el médico del Sr. conde, y enterado de la enfermedad convino con el alópata en su índole y diagnóstico; pero al llegar al tratamiento el alópata le dijo:—Sr. D. Jacquin, mi presencia es inútil aquí, toda vez que no podremos convenir en el tratamiento, porque siendo V. homeopata y yo alópata, no vendremos jamás.—Y ¿por qué no hemos de convenir?—Por la sencillísima razon, que V. le propinará glóbulos, y yo le pondría á presencia del diagnosticador homeopata, dos escrúpulos de quinina para evitar una catástrofe.—Si señor, muy bien dispuesta, la quinina solo le salvará, y esa dosis es la que yo mandaria tambien, por un entendido profesor alopático, yo no soy homeopata, yo soy médico, y donde está la esperiencia no valen teorías... Y nuestro buen D. Jouquin suscribió la fórmula estendida por el alópata y á mas dos docenas de sanguijuelas que se aplicaron en el acto al enfermo, quien á poco tiempo empezó á mejorarse notablemente. ¿A quién hay que creer al *Centinel* que dice que el Sr. Hisern es hannemano puro, ó al facultativo que ha referido este lance? ¿qué es el Sr. Hisern nos preguntamos nosotros? Dicen que luego va á decir lo que es. Tal vez dentro de un rato ya no sea lo que en este instante, y dentro de un mes, será posible que no sea lo que dentro de un rato. Es tan consecuente en sus ideas el Sr. Hisern.

LA CRUZADA.

Quejase el *Centinel*, y con razon, de la cruzada contra la homeopatia, en que estan alistados desde el *Ilustrísimo* deoano hasta el doctor Barlo-vento, es como si dijéramos, desde el general hasta el último de los rancheros... y ciertamente, que dando figura en primer término un hombre como el señor Gutiérrez, bien puede ir de ranchero un pobre diablo; uno de esos soldados que jamás vuelven la espalda, y que centinela vigilante, aunque hoy sea último, un tiempo no lejano fué el primero que preguntó el ¿quién vive? á la falange homeopática capitaneada por Hisern.... Soldado voluntario juró una bandera y ha sabido seguirla, á diferencia de otros que vo-

lunarios ayer, se fueron hoy vendidos al campo contrario; pasándose con armas y bagajes... Prefiero mas ser ranchoero fiel, que trompeta desertor... ó general cobarde, de aquellos que en Castilla dicen, *Araña*, que embarcan a gente y se quedan en tierra.

Pero al fin, si la felicidad no esta mas que en contentarse con su suerte, el ranchoero se contenta con la suya, siquiera sea el último de los ranchoeros, y la prefiere á ser capitán de locos... ó pertenecer á unas tilas donde lo limpio, no es lo que mas resalta que digamos... Pero bastante hemos dicho al trompeta de la hueste homeopática, que no está bien á un sucio ranchoero allear por puntos de honra con la gente de la farsa, del ruido, con el trompeta en una palabra = Doctor Barlo-vento.

EL BUSCAPIE DE LA HOMEOPATIA.

Calabaceábanse los cascos unos cuantos médicos serios acerca de la propaganda homeopática, de la venta de sus libros, de la profusión de sus apodos, de sus efecimientos y demasías metafísicas, de la conversión de los neófitos alopáticos, y de la credulidad y ceguera de las señoras mujeres, esto es, de la mitad hermosa del género humano, cuando llegóse al corro crítico un bachiller, en plata como suena, es decir, uno de esos habladores sompiternos que nunca piden vez, y que si toman la palabra no la dejan sino cuando los demas se cansan, ó sus glándulas salivales no dan jugo. Entróse nuestro posma bachiller al corro, tomó una silla, escupió fuerte, y con aire interesado preguntó:

—¿De qué se trata, señores míos?—De nada y de mucho, contestó uno de los concurrentes.—de la homeopatia, que es la cuestión palpitante, que es la cuestión que se agita en las librerías, fondas, cafés, tabernas, mesones, ligones y corrillos.—Perdone V. D. Serapio, la homeopatia, aunque es cuestión palpitante, no ha llegado á las tabernas, ligones y corrillos, eso seria degradante para la niña mimada de la aristocracia española, eso seria rebajarla, abatirla y mucho mas todavía, seria ofender á una clase entera que acepta la homeopatia como el desideratum de la medicina; eso es en fin, hablar por espíritu de partido, que es el soberano espñol, para denigrar la creación mas útil al género humano, es...—Disimule V. que le interrumpa, respondió un tercero, no parece sino que es V. el defensor de nuestra aristocracia, como si esa señora estuviese tan lejos de las tabernas y de los ligones, como sino tocase de igual á igual la mano de los toreros, de los lidiadores de afición, de las bailarinas y de los dilettanti, y de los medicastro, y de todos los charlatanes y hasta de las brujas, y por lo mismo de homeopatas que son los hijos del siglo XIX si señor, nuestra aristocracia es una aristocracia muy científica, muy competente para juzgar de medicina, de leyes, de política, de administración, de...—Acabará V de decir? Pues sepa V. que si hay una aristocracia que no entiende de nada de esto, hay otra aristocracia que entiende de todo eso y de mucho mas, si señores, esta aristocracia es la del dinero, la del talento, la improvisada, la de la época, la de las circunstancias, la de...—Calle V. hombre! y no nos venga á hacer la apologia de los que conocemos muy bien, de los que con sus gacetas, diarios, novelas, cuentos, fantasías, maravillas y... nos han metalizado, nos han esterpecido, nos han ilustrado para corrompernos, nos han esquilinado, nos han...—Esto no se puede sufrir, no se puede aguantar, replicó el bachiller, decir que porque queremos el dinero, el metálico, porque deseamos esto como un médico de goce, no existen virtudes, no hay amistad, no tenemos caridad, no hay honradez, existe el agio, se desean los vicios y se trastorna todo, precisamente cuando la ilustración cunde, las ciencias avanzan, las...—Si hubiese V. compicido á donde nos lleva el ansia de dinero, de adquirir metálico, el *auri sacra fames* del poeta, no hubiese V. hablado de goce, de vida, de diversion, en una época en que el amigo vende al amigo, el correligionario al compañero, la amada al amante, el criado al amo, el filósofo á la filosofía, el político á la política, el hombre al hombre y todo ¿por qué? por un puñado de metal dorado, por eso que proporciona consideración, por eso que hace que carezcamos de fé, nos olvidemos de nuestro origen, de la nobleza y preeminencias del hombre; por eso que ocasiona la desmoralización en todo, el cálculo en todas las cosas, el tráfico y comercio en los mas sagrados intereses, la venalidad en todo, confundidas todas las clases, con aspiraciones materialistas, y evocaciones infernales en el ejercicio de su profesion...—Cuidado con eso! dijo un tercero, que si hay muchos así, tambien hay algunos que no piensan de este modo: tanto el señor don Serapio como el señor bachiller, se estralimitan, y en un buen medio consiste la virtud.

—No señor, replicó el bachiller, no señor, el oro no corrompe, no empaña la reputación, no hace que el hombre sea malo, y por otra parte, ¿qué tiene que ver todo esto con la homeopatia?

—Nada, amigo mio, nada absolutamente: bien se conoce que es V. un pobrecito bachiller, que si V. conociera el mundo alcanzaría que en el fondo no

hay mas que dinero, dñero, hambre, miseria, cálculo.—Eso no puede ser, calcular con la salud de los hombres,—eso es horrible, no puede ser.—Pues si señor, puede ser y sucede frecuentemente: la clase media habia conservado el decoro, habia sido la menos contagiada, y en ella se habian encontrado mas virtudes; pero la homeopatia ha corrompido los corazones, ha hecho de muchos médicos unos ambiciosos que imponen precio á sus visitas, metalizan la ciencia, desechan la filantropia, abjuran su origen, y solo adoran el becerro de oro.—Poco á poco uniguito, la ciencia médica no trafica: enhorabuena que algunos homeopatas se metalicen, se abandericen y reglamenten para imponer precio; enhorabuena que el amor al dinero haya hecho muchas conversiones, pero en cambio el desinterés, la virtud, la abnegación, se encuentran en la clase entera, pues si el buscapie homeopático es el oro, el alopático, el de la mayoría, esto es, el de esa multitud de profesores para quienes existen historia, recuerdos, nobleza, abnegación, filantropia, para esa comunidad en que residen todos los libros y antecedentes del sacrificio, no hay mas que fé y desprendimiento, no existe la idea del lucro, porque viendo la moda que inclina á los grandes, á los ricos, á los acomodados á la homeopatia y produciendo esta mucho, muchísimo dinero, permanecen con fé, no abjurán su ciencia, no quieren enriquecerse traficando con su conciencia, siguiendo el impulso de la moda, ni bastardeando su augusto sacerdocio: no, no, si otra prueba no hubiere de la virtud, del desinterés de esa clase, lo seria el que no siendo un secreto la homeopatia, estando en su mano enriquecerse siguiendo la corriente del vulgo, no quieren, no intentan siquiera abandonar la fé por el cálculo, la verdad por la mentira, la modestia por la presunción, la fé por la negación...—Eso á lo mas, lo que indica es, que quieren ganar de otro modo, pues al fin siempre los pagan sus visitas.—Eso es no entenderlo, pues el pago no le escatiman los unos, mientras los otros lo ajustan, le imponen, siguen la corriente vulgar, practican segun el consumidor, y abandonan la ciencia por la farsa, tan solo porque les produce oro.—Luego es decir, señor mio, que el buscapie de la homeopatia gira sobre dos polos, la moda y el interés...—Seguramente señor bachiller, que salvas algunas honrosas excepciones, muy raras por cierto, solo el amor al dinero ha hecho que cuatro ó seis ó siete docenas de profesores hayan abandonado la alopatia, la ciencia, para practicar la homeopatia solo porque produce dinero, porque la moda y el vulgo la santifican, y el dinero la ennoblece, porque el dinero es el gran móvil de la época, es el buscapie de la homeopatia.

REMITIDO.

Sres. redactores de la *Linterna Médica*.

Muy Sres. míos y apreciables compañeros: Les estimaria que en un huequcito de su apreciable periódico, á que estoy suscrito, se sirviesen insertar el siguiente juguetillo, que en sueños compuse, pues solo en sueños se ocupa mi imaginación de la farsa homeopata-amiseria. En tales momentos, únicamente, on que no puedo contener en su verdadero terreno á mi mente, cuando me parece real y verdadero que existe tal especulación, y que haya hombres que con tanto escamilo se entreguen á semejante industria; y hombres, (y tambien mujeres) que se sometan á mantener á costa de sus intereses (y que lo pagan bien caro por cierto) y de sus vidas, esa tan terrible falanga de nigrománticos y charlatanes. Pero ahora voy que voy estendiendo los límites del huequillo que he pedido, y que como yo habrá otros que tambien querrán un hueco para meter su cucharada, y conozco justo el que para todos haya: por lo tanto ahí va lo que es, ni mas ni menos.

Al sacristan cierto dia lo consultó una buevera, con qué se la curaría un mal, que segun decia, un dolor de muelas era.

El sacristan al momento un globulillo sacando, se lo entregó muy contento á la pobre, asegurando que era un gran medicamento.

Tomó el anis la mujer pagándolo á precio tal que se daba á Lucifer, siendo mejor á su ver que el medicamento, el mal.

Mas cuando veloz bajó, á buscar á su pollino tan gran cox este la dió que ni un diente la dejó sin romper el gran indino.

Y á impulsos de la patada concluyó el dolor tan fiero; y la buevera asombrada «¿quién me curó? preguntaba (1) «¿el burro ó el globulero?»

EL SOMNAMBULO.

(1) Pase esta licencia anticonsonantil en gracia de lo es-presivo de la sentencia.

N. de la R.

LINTERNAZOS.

El señor Tejero se queja de que le llamen ignorante y solicita que los tribunales le declaren sabio y valiente. Si el *dómine Lucas* fuera juez, facil es que lo consiguiera, pero como no es mas que *dómine*, no puede hacer otra cosa sino aplicar cuatro azotes al lacayito, cuando se desmande.

—Se asegura que al señor *Hisern* le van á hacer llevar otra nueva cruz, por haborsó declarado homeopata de los de pura raza. Para que mas cruz que la que él deja á las familias de los enfermos que visita homeopáticamente?

—Tambien se susurra que el Sr. *Hisern* piensa... retirarse del ejercicio médico, aunque otros aseguran que antes de esto se hará partidario del *Le-roy*, de la *hidropatia* y del método de *Raspail*. No es creible esto, atendida la consecuencia de opiniones médicas del Sr. *Hisern*.

—El Sr. *Nuñez* cree una calumnia el decir que posee la gramática parda: no riñamos por tan poco y le concederemos que su gramática es dorada, y que con ella ha alcanzado el título de médico, sin haber estudiado medicina. Si esto no es *cañia*, venga Dios y voalo.

Sabio sin principio y fin,
Joaquín!
Falso apostol del saber,
Hisér!
Entonador de playeras,
Molleras!
Si no dejas las banderas
de Nuñez tu capitán,
te cuesta la torta un pan,
Joaquín Hisern y Molleras.

—Se dice de algun tiempo á esta parte, que el Excmo. Sr. *Hisern* habla solo, sale de su casa sin sombrero, y dá vueltas como un argadillo, lo mismo que lo haria un lunático. Mucho sentimos que estos síntomas se vayan arraigando en la humilidad de su excelencia, porque en una cabeza como aquella nos dan bastante que temer tan marcadas síntomas.

La idea que en él retoza
su mollera devanando,
¡ay Dios! nos le vá llevando
derechito á Zaragoza.

—Razon tuvimos nosotros para anunciar que la *sociedad hahnemaniana* iba á trasladarse á la calle del *Burro*: á quien mas que á ella se la ocurre el darse por aludida en el artículo del número anterior, que titulamos la *sociedad de los once*? Mucha avaricia es la de aquella sociedad, cuando espontáneamente quiere cargar con los atributos de la *sociedad de los once*. Es cierto que la *Hahnemaniana* tiene por presidente al señor *Nuñez*, médico sin ciencia; por socio á un cirujano que tiene título de médico, dado en la Universidad de Valladolid sin haber estudiado allí, ni en otra parte: es verdad que hay en ella otro individuo que ni es médico ni cirujano y que visita como médico y lleva sus glóbulos en el bolsillo, como de la raza pura; es verdad que á ella pertenece el Sr. *Tejero*, pero tambien es cierto que cuenta con otros individuos, que en todos los tonos facultativos valen mas que los sugeros mencionados. La *sociedad hahnemaniana* no creemos que tiene motivo para darse por aludida en aquel artículo, ni á ella nos hemos querido referir, puesto que hasta ahora ignoramos en que parte del mundo existe la *sociedad de los once* y que personas son las que la componen: tan atroz ocurrencia solo es explicable siendo presidente de la *hahnemaniana* sociedad, el Sr. *Nuñez*, y secretario el Sr. *Tejero*, el de las grandes narices.

LAS DENUNCIAS. Conociendo los gajos de la homeopatia, que su derrota ha sido completa en todos los terrenos á que su imprudencia y su ignorancia los ha conducido, y viendo que ya no los quedaba otro recurso mas que apelar á las denuncias, lo han hecho con tanta profusion que han entablado tres nada menos contra la *Linterna*. Sin duda se han acordado de aquel refran que dice: «Nunca por mucho pan es mal año.»

Nosotros que hemos tenido armas de buena ley; para derrotarlos en todos los terrenos, contamos tambien con ellas para contrarrestarlos ante la ley y ante la justicia, que es donde en último recurso se han atrincherado estos ilusos y prudentes ciudadanos. Sabemos que á fin de asegurar su triunfo, el sacristan, dueñe invisible, los ha formado en petotonos, mandando á los unos que soplen, á los otros que aticen, y á todos que bullan y rebullan, y mimen hasta encontrar el noble resultado que apetecen; esto es, que los dejen engañar al prójimo, sin poner de manifiesto su tráfico, en la venta de los anises.

Si tal piensan los menguados monacillos de *Hahneman*, están muy equivocados, pues ni ellos ni el sacristan han de vivir sosegados.

Imp. á cargo de Manuel A. Gil, Estudios, 9.